

A la manera de los celtas y los germanos, habitaban en poblaciones abiertas, en medio de las llanuras, desdendiendo resguardar su valor, como los pelasgos y etruscos, detrás de altas murallas, pero expuestos también, después de una derrota, á irreparables desastres. Dícese que cuando los etruscos descendieron á la Lombardia, vencidos los úmbrios, perdieron de un golpe trescientas poblaciones. Con todo eso, en los cantones montuosos de la Olumbria, sus ciudades, á ejemplo de las tirrenias que se alzaban en las cercanías, estaban asentadas en las alturas y rodeadas de muros (1): así Tuder, cerca del Tíber, Nuceria, al pie del Apenino, Narnia, sobre una roca que domina el Nar, Mevania, Interamna, Sarsina, Sentino, etc., que por su construcción revelan una civilización más prudente, pero también más adelantada.

Por espacio de tres siglos subsistió el imperio de los úmbrios y valió á este pueblo gran fama de poderío; pero fué destruído por la invasión etrusca, que les ocupó las llanuras del Po y la Umbría marítima, donde los ataques de los tirrenios, dueños de parte del país, hubieron de debilitar su poder. Confinados entonces entre el Apenino y el Adriático, sufrieron allí la influencia y hasta la dominación de sus vecinos. Caracteres etruscos se ven en sus monedas; hállanse también en sus tablas eugúvinas, con palabras que al parecer pertenecen á la lengua de los raseñas; en fin, los adivinos de la Umbría no tenían menos fama que los augures toscanos.

Muchas veces se unieron contra los mismos adversarios. Así los úmbrios siguieron á los etruscos á la conquista de la Campania, donde las ciudades de Nuceria y de Acerra recordaban por sus nombres otras dos ciudades de la Umbría, y tomaron también parte en su grande expedición contra los griegos de Cumas. Cuando comprendió la Etruria que la causa de los samnitas era la de toda Italia, la Umbría no le faltó en este último día: sesenta mil úmbrios y etruscos que quedaron en el campo de batalla de Sutri atestiguaron la antigua alianza y acaso la fusión de los dos pueblos. Finalmente, cuando la pérdida libertad no dejó ya otra alegría que el placer y la molicie, se entregaron á esta flaqueza y permanecieron aún unidos en una misma reputación de intemperancia (2). Ambos también habían tenido los mismos enemigos que combatir: Roma y los galos, con la diferencia, debida á la disposición de los lugares y á la dirección del Apenino, que cubría la Etruria contra los galos y la Umbría contra Roma, de que ésta había parecido al principio más temible á los etruscos, á quienes no separaba de ella ninguna barrera, y aquellos á los úmbrios, cuyo país se abría sobre el valle del Po. Los senones invadieron buena parte de terreno y tomaron siempre al través de la Umbría en sus correrías hacia el centro y el S. de la península.

Los úmbrios estaban divididos en numerosas tribus independientes y unas vivían en las ciudades y otras en el campo. Así, mientras la masa de la nación hacía causa común con los etruscos, los camertes trataban con Roma sobre la base de una perfecta igualdad. Ocrículo obtuvo

(1) Estas fortificaciones son acaso obra de los etruscos, porque la Umbría les estuvo sometida mucho tiempo: *Umbría vero pars Tuscia* (S. xv. in *Ann.*, XII, 753), Tito Livio (V, 33) dice sin restricción que el imperio toscano abrazaba entre los dos mares toda la amplitud de Italia.

(2) *Aut fastus Umber, aut óbesus Etruscus* (Catulo, XXXIX, 11). Sobre la disolución de las costumbres etruscas. V. Teop. en Aten, XII, 14.

(3) Plinio, *Hist. nat.*, III, 14.

(4) V. L. Ranke, *Historia del papado*, II, 198.

así la alianza romana, pero los sarsinates se atrevieron á atacar solos á las legiones y suministraron á los cónsules dos triunfos.

Plinio también contaba en su tiempo en la Umbría hasta 47 pueblos distintos (3), y esta separación de las poblaciones urbanas y rústicas, esta pasión de la independencia local, esta rivalidad de las ciudades fueron siempre el estado normal de la Romanía, de la marca de Ancona y de casi toda Italia.

En el siglo xv, como en la antigüedad, había en la Romanía comunidades de campesinos enteramente libres y todas las ciudades formaban municipalidades rivales (4). Así, aquella enérgica raza que no conoció el espíritu procesivo de los romanos entre los cuales la fuerza decidía del derecho, aquellos hombres que Napoleón proclamó como los mejores soldados de Italia, sufrieron fácilmente, á causa de sus divisiones, el ascendiente de Roma y obedecieron, después al más flaco de los gobiernos.

III

ETRUSCOS

Nuestra civilización occidental tiene también sus misterios, como el viejo Oriente; y la Etruria es para nosotros lo que el Egipto era antes de Champolión. Sabemos muy bien que fué habitada por un pueblo industrial, comerciante, artista y guerrero, rival de los griegos á la vez que sufriendo su influencia, y poderoso y temido durante mucho tiempo en el Mediterráneo. Pero este pueblo desapareció dejándonos por enigma una lengua desconocida y por prueba de lo que había sido innumerables monumentos: vasos, estatuas, bajo-relieves, molduras, objetos preciosos por la materia y la labor: un pueblo bastante rico para sepultar con sus caudillos, tesoros con que poner á sueldo un ejército ó construir una ciudad; bastante industrial para inundar á Italia de productos; bastante civilizado para cubrir de inscripciones sus monumentos y sepulcros. Pero todo esto es mudo, y la ciencia moderna, herida de impotencia, no ha sabido interpretar aun más que unas veinte palabras de la lengua etrusca (5). Los retratos que nos dejaron de sí mismos en sus sepulcros no dicen más de ello. Aquellos hombres rechonchos y obesos, de nariz corva y frente deprimida, no tienen nada de común con el tipo griego ó italiota, ni son de la misma raza que los personajes de afilados rasgos representados en sus vasos.

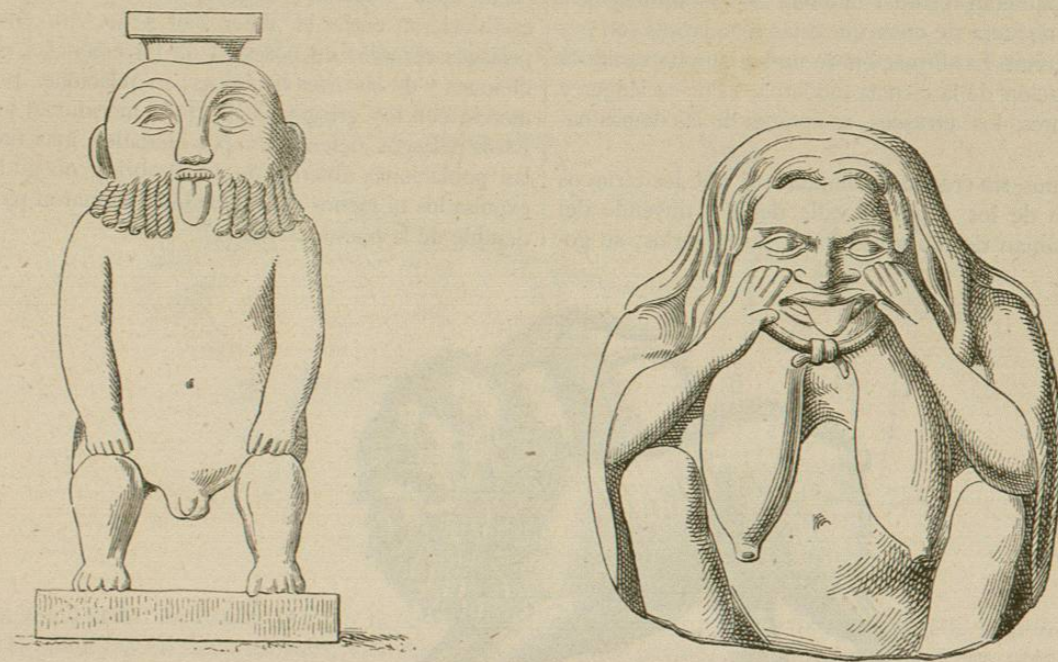
¿De dónde venían? Los mismos antiguos lo ignoraban. Engañados por el nombre de los tirrenios, que habían precedido á los etruscos al norte del Tíber, los griegos los tomaron por pelasgos y los hicieron viajar de la Tesalia y del Asia Menor hasta Toscana. Mas por testimonio de Dionisio de Halicarnaso, su lengua, sus leyes, sus usos, sus costumbres, su religión, nada tenían de común con los pelasgos. Niebuhr y Müller hacen salir á los etruscos ó raseñas, como ellos mismos se llaman, de las montañas de Retia (6). Nada, en efecto, se opone á que los etruscos que

(5) Véase la obra de Noël de Vergers: *La Etruria y los etruscos, ó diez años de excavaciones en las Marenmas toscanas*. Varrón (*De ling. Lat.* IV, 9) habla de tragedias etruscas que se habían perdido. Tenemos más de dos mil inscripciones, pero no podemos comprenderlas, y Max Müller ha tenido que hacer caso omiso del etrusco. Las interpretaciones de Corsen, llamado un momento el *Edipo de la esfinge etrusca*, no han resistido á la crítica y la esfinge sigue muda.

(6) Tito Livio (V, 33), Plinio (III, 20) y Justino (XX, 5) sostienen al contrario que los retenses son etruscos refugiados en los Alpes después de la conquista de la Lombardia por los galos. Niebuhr supone

colocaban al norte (1) la morada de sus dioses y les daban el nombre escandinavo de Ases (2), sean considerados como una tribu asiática, que luego de haber penetrado en Europa por los desfiladeros del Cáucaso, hubieran dejado al S. la

península de los Balkanes, ocupada por las razas pelásgicas, y subido el valle del Danubio hasta los Alpes del Tirol. La dominación de los sacerdotes, la división en clases rigurosamente separadas y el predominio del dogma de la fatali-



Figuras ventradas (3)

dad son caracteres que se encuentran más y más salientes á proporción que se retrocede en el curso de los siglos y nos acercamos más al Asia. La civilización etrusca tiene de



Gorgona etrusca (Museo Campana).

común también con las literaturas semíticas la omisión de las vocales breves, la duplicación de consonantes y la escritura de derecha á izquierda. El enano Tages hace pensar en los enanos hábiles y en los magos de la Escandinavia, á la vez que las figuras ventradas encontradas en Cervetri,

que la lengua singular de Groeden, en el Tirol meridional, es un resto de la lengua etrusca. Muchos nombres de lugares recuerdan allí á los raseñas, y el Museo de Trento conserva vasos y figurillas de bronce con inscripciones etruscas, descubiertos en aquella provincia. Últimamente, en 1877, se encontraron en la Valtelina, no lejos de Coma, objetos etruscos de muy remota antigüedad (*Revue arch.* Set. 1877, pág. 204). Ogiuli ha procurado probar en el *Giornale Acadico* el parentesco de los germanos y etruscos. Noël de Vergers, que ha buscado la solución del problema, sobre todo en el estudio de los monumentos figurados, está dispuesto á aceptar la tradición de Herodoto, el origen lidio. Pero la plástica puede haber sido introducida en Etruria, poste-

las gorgonas cuyas representaciones son tan numerosas, esos dioses de cuatro alas, dos abiertas y dos caídas, esas esfinges, esas quimeras que guardan las inmediaciones del palacio de la muerte, esos animales desconocidos en Italia, leones y panteras que se devoraban, esos escarabajos egipcios, esos géneos buenos y malos, como los *deus* de la Persia, que conducen las almas al mundo infernal, en fin, multitud de detalles de ornamentación, suponen imitaciones del Oriente ó recuerdos guardados de la patria primitiva.

Hemos acercado más atrás las dos razas industriales y en todas partes perseguidas de los fineses y pelasgos, y podemos acercar igualmente los dos pueblos que ocuparon su lugar: la enigmática lengua de los raseñas, de los runos escandinavos; Odín, los Ases y las familias reales de los godos, de los lucumones toscanos, nobles y sacerdotes á la vez. Como los germanos reunían los etruscos lo que el Oriente separa, la religión y las armas, la clase de los sacerdotes y la de los guerreros. Si los godos creían en la muerte de los dioses y eran osados á luchar con ellos, los etruscos predecían la renovación del

riormente á la llegada de los etruscos, por el comercio, ó anteriormente por los tirrenios. En resumen, el problema permanecerá insoluble mientras no conozcamos la lengua etrusca.

(1) Fest. s. v. *Sinistro aves*.

(2) *Esar. Etrusca lingua, Deus vocaretur* (Suet., oct. 97).

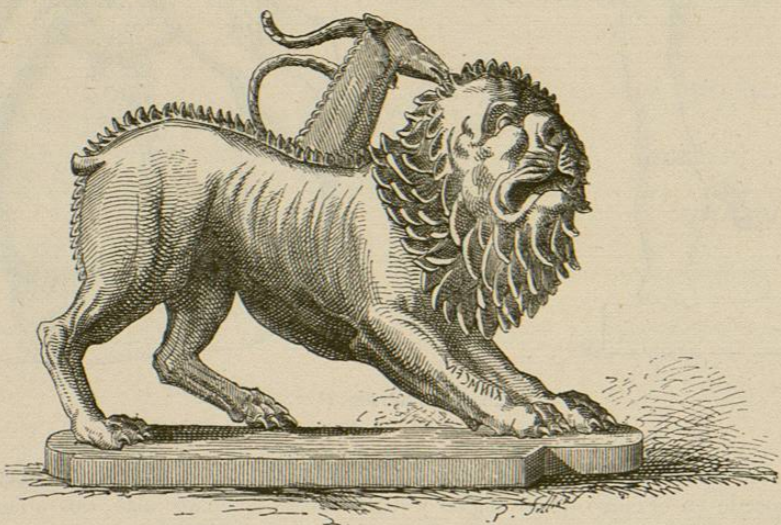
(3) Nos desagrada mucho dar estas figuras, cuyas análogas no se encontrarían en el arte griego. Pero los etruscos, tan hábiles de suyo en la fabricación de bronce, de vasos y joyas, conservaban el gusto de los pueblos bárbaros para los monstruos que servían de espantajos. Creyendo representar lo terrible, representaban lo repugnante ó ridículo. Pero nosotros debemos presentar este carácter de su plástica.



Personaje con cuatro alas (Atlas del B. A., t. III, p. 24)

mundo y creían poder obligar la voluntad divina por medio de fórmulas mágicas. El carácter grave, melancólico y religioso de este pueblo, el respeto á las mujeres, la benevolencia para con los esclavos, la duración y abundancia de las comidas pudieran recordar también las costumbres germánicas, si no fuera de creer que estas semejanzas son puramente fortuitas. La afirmación de un antiguo ha venido á ser la afirmación de la ciencia moderna: «Por su lengua y sus costumbres, los etruscos se apartan de las demás naciones.»

Admitiremos, sin creerlo absolutamente, que los etruscos descendieron de los Alpes al valle del Po, trayendo del Asia, que habían dejado acaso hacía pocos siglos, su go-



Quimera de la Galería de Florencia (Micali, Atlas, p. 42).

¿Sería ir demasiado lejos atribuir á los trabajos de la desecación, las construcciones ciclópeas, la supuesta ciencia de los presagios y la industriosa actividad de los etruscos á la influencia, á los consejos y al ejemplo de aquellos pelagos, que según fama, hicieron al través de una montaña los canales del lago Copais, edificaron los recintos, aun en pie, de Argos, de Micenas y Tirintia y pasaron por magos en razón de su saber?

Fuera de esto, este pueblo no tuvo nunca espíritu de hostilidad contra el extranjero: la tradición de Demarato, la mezcla de los nombres úmbrios, oscos, ligúricos y sabelianos en las inscripciones etruscas, la introducción, en fin, de los dioses y de las artes de la Grecia, muestran la facilidad con que recibían los hombres y cosas de los demás países.

Un hecho particular de las costumbres etruscas está sin embargo en contradicción absoluta con las costumbres griegas. Aquel pueblo sensual gustaba de excitar el placer con escenas de muerte. Hacía sacrificios humanos, adornaba sus sepulcros con escenas sangrientas y dió á sus vecinos de las Siete Colinas aquellos juegos de gladiadores, que imitaron después las ciudades de medio mundo romano.

Según los anales etruscos, 434 años antes de la funda-

(1) Sobre todo en las ciudades de la Etruria que mostraron siempre un carácter diferente de las ciudades del Norte, y por las cuales entró en Roma la religión griega. Se han descubierto en Cere inscripciones que se creen pelásgicas. Por lo demás Cere y Tarquinies tenían cada una su tesoro en Delfos, como Esparta y Atenas, y los vasos pintados de Tarquinies se asemejan completamente á los de Corinto. Pudiéramos recordar también el carácter religioso de los ceritas y la reputación que tenían de no haber hecho nunca la piratería.

(2) Varron ap. Censor. 17. Dionisio decía 500 años. Ocioso es añadir que estos datos cronológicos no tienen ningún valor.

bierno medio sacerdotal, y de las montañas que acababan de abandonar, esa división de cantones independientes que en todos los tiempos ha existido en los pueblos de los Alpes. Detuviéronse al principio en la Cisalpina, donde poseyeron hasta doce ciudades; después salvaron el Apenino y se establecieron entre el Tíber y el Arno. Allí encontraron pelagos tirrenios en posesión de las creencias, de las tradiciones y de las artes helénicas; en relaciones por su comercio con los griegos de la Italia meridional y la Jonia. Estos pelagos defendidos por ciudades más fuertes que las poblaciones abiertas de los úmbrios, no pudieron ser expulsados ni menos exterminados y formaron parte considerable de la nueva nación (1).

ción de Roma se consumó la ruina de los úmbrios. Sucediéronles los rasenas y aumentaron su poder con cuatro siglos de conquistas. De la Toscana, capital de sus doce pueblos, sometieron la misma Umbría con parte del Piceno, donde se encuentran vestigios de su dominación (2).

Más allá del Tíber, Fidenas, Crustumeria y Túsculo, colonizadas por ellos, abrieron el camino hacia el país de los volscos y los rútilos (3), que fueron dominados, y hacia la Campania, donde 800 años antes de nuestra era, se formó una nueva Etruria, donde, Vulturno (que después se llamó Capua), Nola, Acerra, Pompeya y Herculano fueron las principales ciudades (4). Desde lo alto de las rocas de Sorrento que coronaba el templo de la Minerva etrusca, espiaban las naos bastante audaces para aventurarse en los golfos de Nápoles y de Salerno y sus prolongadas galeras corrían hasta las costas de la Córcega y de la Cerdeña, en que tenían establecimientos. «Entonces casi toda la península, desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina se vió bajo su dominio (5),» y los dos mares que bañan la Italia tomaron y conservan todavía el uno el mismo nombre de este pueblo, *Tuscum mare*, el mar de Toscana, y el otro el de su colonia de Adria, el Adriático.

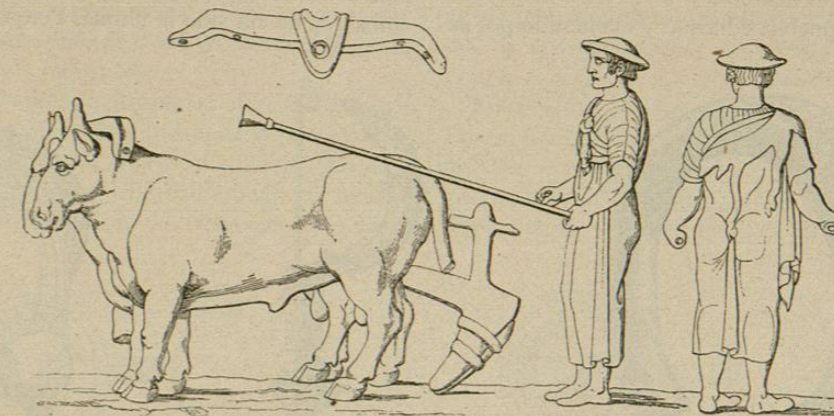
(3) Se han descubierto en Ardea, capital de los rútilos, sepulcros que al parecer pertenecen á los etruscos, y la ciudadela de esta ciudad, más imponente que las de Etruria, está construida con piedras enormes.

(4) Tito Livio (IV, 37); Caton ap. V. Patere. I, 7; Polibio, II, 17. Lanzi añade á estas cinco ciudades Nocera, Calatia, Teano, Cales, Suessa, Esernia y Atella.

(5) Catón, ap. Serv. in Æn. XI, 567. Tito Livio lo repite casi en los mismos términos en diferentes lugares. (I, 2; V, 33).

Por desgracia faltaba unión á este vasto estado. Los etruscos estaban en todas partes, en las orillas del Po, del Arno y del Tíber, al pie de los Alpes y en la Campania, en el Adriático y en el Tirreno; pero la Etruria ¿dónde estaba? Como el Atica bajo Cecrope, como los eolios y los jonios en Asia, los aqueos en la Grecia, los salentinos y lucanos en Italia, los etruscos se dividían en cada región por

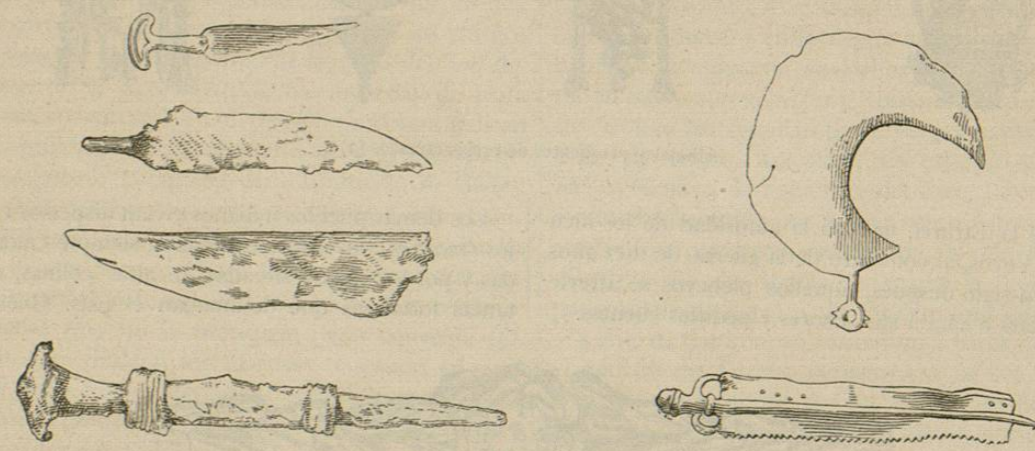
ellos ocupada en doce pueblos independientes, reunidos, sin embargo, por un lazo de federación, sin que hubiera para toda la nación liga general. Por ejemplo, cuando sobrevinían en la Etruria propias graves circunstancias, los principales de cada ciudad se congregaban en el templo de Voltumna, territorio de Volsena, para tratar de los intereses comunes, ó para celebrar bajo la presidencia de un



Labrador toscano (1)

pontífice supremo fiestas nacionales (2). En tiempo de las conquistas la unión fué sin duda estrecha, y el jefe de uno de los doce pueblos, proclamado generalísimo, ejercía un poder ilimitado, que indicaban los doce lictores suministrados por las doce ciudades con las fasces terminadas por el hacha. Pero poco á poco fué aflojándose el vínculo, y

los etruscos, que se habían presentado al principio como un gran pueblo, no pudieron evitar este fraccionamiento político á que ha tendido Italia hasta en nuestros días. En la época en que Roma amenazó seriamente á Etruria, había ya cesado toda unión; y se llegó hasta á declarar solemnemente en una asamblea general que se dejaría á cargo de



Armas de bronce encontradas en Bolonia (3)

Herramientas de bronce encontradas en Bolonia (3)

cada ciudad el arreglo de sus diferencias y contiendas particulares, pues sería una imprudencia empeñar á toda la Etruria en la defensa de uno solo de sus pueblos (4).

Cada uno de estos doce pueblos representado por una capital que llevaba su nombre, poseía un extenso territorio y en él poblaciones subalternas retenidas en la dependencia de la principal por derechos políticos inferiores; pero en la misma capital dominaba el orden de los lucumones, verda-

deros patricios que poseían por derecho hereditario el poder, la religión y la ciencia. Ahora algunos de ellos como magistrados anuales, ahora uno sólo como rey (5) gobernaban la ciudad, pero con un poder limitado por los privilegios de aquella aristocracia sacerdotal que había unido con vínculos indisolubles la religión, la agricultura y el estado. La ninfa Bigois les había revelado los secretos del arte augural, y el enano Tages los preceptos de la sabiduría humana con

(1) Este grupo de bronce, encontrado en Arezzo, está visto como se representa en el nacimiento de Tages.

(2) Tito Livio, V, 1; y en otro lugar, *princeps Etruria*.

(3) En 1871 se descubrieron 365 sepulcros etruscos cerca de Bolonia, y en los alrededores de Villanova numerosos objetos prehistóricos, que recuerdan los de las ciudades lacustres de la Suiza. En 1877, una sola excavación, en Bolonia, hizo poner la mano en una ánfora de 1 m. 40 c. de alta y 1'20 de ancha, enterrada sin duda en el momento

de una invasión, y que contenía 14.000 objetos de bronce, utensilios, armas, adornos. Estos bronceos eran antiguamente objetos preciosos y muy raros, que el comercio, entre tímido y audaz, extendía por la Italia y por los países transalpinos (Rev. arch. de junio de 1877). El conde Gozzadini hace datar estos bronceos del siglo X antes de Jesucristo.

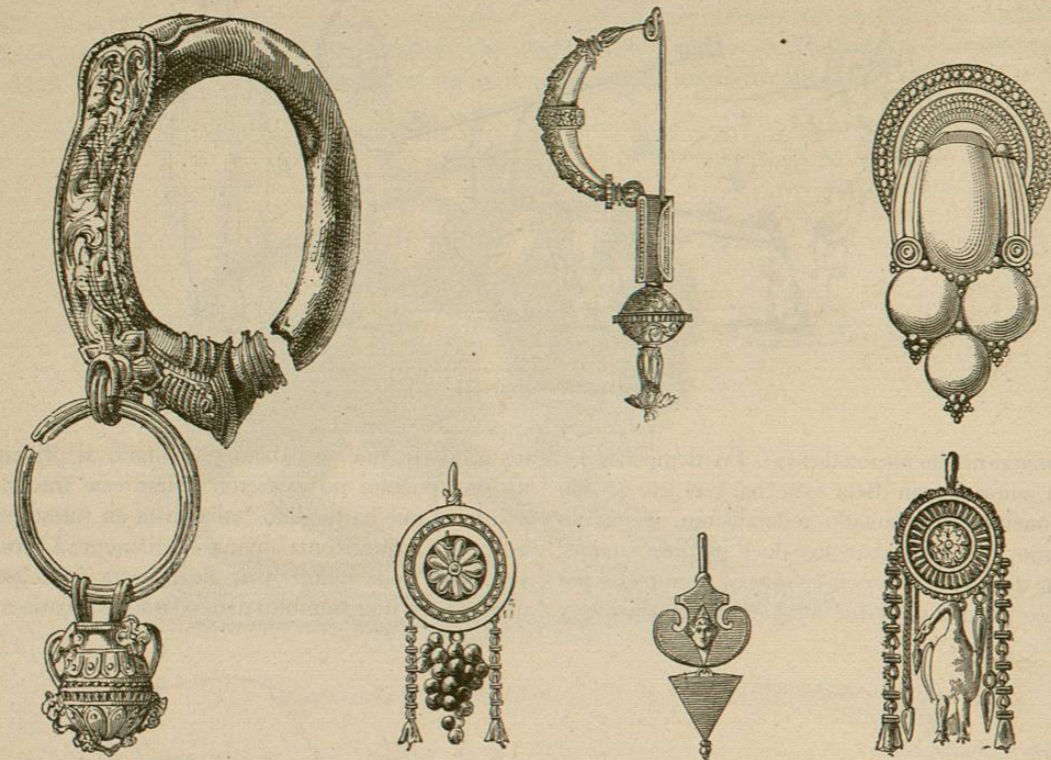
(4) Tito Livio V, 17.

(5) Ibid. V, 1. *Tedio annue ambitionis regem creavere.*

la ciencia de los arúspices. Un día en que un labrador araba en los campos de Tarquinia, un enano deforme con cara de niño con cabellos blancos, Tages, hubo de salir del surco. Toda la Etruria acudió, y el enano estuvo hablando mucho tiempo. Recogieron sus palabras y los libros de Tages, base de la disciplina etrusca (1), fueron para la Etruria lo que habían sido para la India las leyes de Manú, y el Pentateuco para los hebreos.

Por lo que hace al pueblo, educado y mantenido por sus

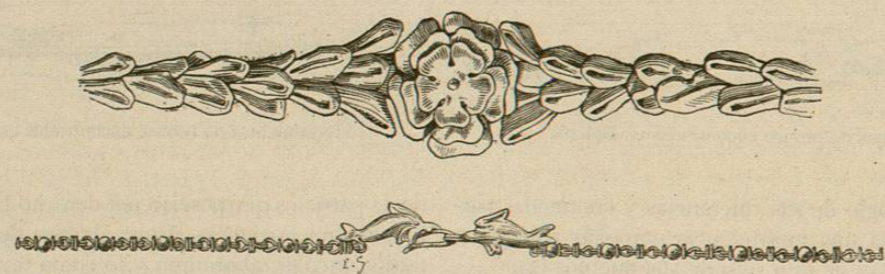
temores supersticiosos en el respeto á los grandes y en la sumisión á las leyes que habían dictado ellos, el pueblo no les disputó el poder y haciendo inútil la violencia esta mansa y dócil obediencia, la aristocracia y el pueblo no se miraban con ese implacable odio que desgarró los Estados. Como los súbditos de Venecia, tan fieles aun en el siglo pasado á la nobleza del Libro de oro, el pueblo combatía para la conservación del orden social, en que su clase, sin embargo, no era sino la última. Pero cuando vino á menos



Alhajas y pendientes de orejas etruscos (2)

la fortuna de la Etruria, flaqueó la autoridad de los lucumones, y en Veyos, al comienzo de la guerra de diez años, y en Arezo un siglo después, aquellos plebeyos se atrevieron á mirar cara á cara á sus señores y pedirles cuentas.

Los demás pueblos italianos vivían dispersos en sus villajos (*vicatim*): los etruscos tuvieron siempre ciudades muradas y por lo regular situadas en altas colinas, como otras tantas fortalezas que dominaban el país. Guerreros, agri-



Alhajas etruscas (2)

cultores y mercaderes combatían, saneaban los terrenos pantanosos y vaciaban puertos. La India y el Egipto, que se creían eternos, invertían siglos enteros en grandiosas é inútiles obras; la Grecia cubría de templos sus promontorios, de estatuas sus caminos, de pórticos las calles y plazas de sus ciudades. Aquí el genio desinteresado de las artes; allá el sentimiento profundamente religioso y la esperanza de una duración sin fin. Pero la Etruria sabía cuándo ella

y sus dioses habían de morir, y con prisa de vivir y gozar antes de este fin previsto, no prodigaba el tiempo ni los hombres sino en trabajos útiles, abriendo caminos y canales, desviando ríos ó rodeando sus ciudades de inexpugnables murallas.

En la alta Italia, Mantua se elevó así en medio de un lago del Mincio, en una posición que aun hoy hace de ella la plaza más fuerte de la península. Su metrópoli, Felsina

(1) Cicer. De div. II, 23.

(2) Estos grabados están tomados del Atlas de N. des Vergers.

(Bolonia), á orillas del Reno, pretende tambien haber fundado á Perusa (1), y Plinio la llama capital de la Etruria Circumpadana. Melpum, á orillas del Adda, pudo resistirse por espacio de dos siglos á los galos, y Adria, entre el Po y el Adige, fué rodeada de canales que reuniendo los siete lagos del Po, llamados los *siete mares*, sanearon el delta del río. Contenidas ó desviadas las aguas; dieron á la agricultura tierras fértiles; multiplicáronse allí las ciudades, y desde el Piamonte hasta el Adige se encuentran inscripciones etruscas, bronce, vasos pintados, etc., recuerdos de la dominación de un pueblo industrial.

En la Toscana, el valle de Arno y el de Chiana fueron desecados, saneada la Maremma, y seis de las doce capitales construidas en esta costa, ahora inhabitable. Mientras los habitantes de las ciudades labraban el mármol, fundían el hierro (2) y el bronce, hacían de tierra elegantes vasos,

esculpían numerosos bajo-relieves, cincelaban ricas armaduras ó preciosas joyas, y trabajaban el lino para los sacerdotes, la lana para el pueblo, el cáñamo para cuerdas, la madera para barcos, etc.; una agricultura hábil y estrechamente ligada á la religión, una equitativa repartición de las tierras, que daba á cada ciudadano su parte (3), ponían los campos en estado floreciente y los dotaba de una población robusta. Así se realizaba este problema que la antigüedad no supo nunca resolver: grandes ciudades en medio de fértiles campos, la industria y la agricultura, la riqueza y la fuerza. *Sic fortis Etruria crevit* (4).

Entre tanto, de los numerosos puertos de la costa, de Lucca, la ciudad de los muros de mármol (5), de Pisa, más próxima entonces que ahora al mar, de Telamón, vasto puerto, que no es ya más que un pantano, de Gravisca, de Populonia, de Cosa, de Pirgi, de las dos Adrias (6), de Her-



Monedas de Populonia (7)

culano, de Pompeya, salían naos que hacían la carrera y el comercio desde las columnas de Hércules hasta las costas del Asia Menor y de Egipto. Aventureros más audaces iban á la Galia á buscar el estaño de las islas Casitéridas, necesario para la fabricación del bronce; más lejos todavía, á las orillas del Báltico, por el ámbar amarillo, que las mujeres estimaban, mucho para adornos y que los griegos suponían formado por las lágrimas de las hijas del Sol, llorando la muerte de Faetonte. Algunas monedas de plata de Populonia encontradas en el ducado de Posen, indican el camino seguido por los negociantes etruscos á través del continente europeo. Cartago les cerró el estrecho de Gades, allende el cual querían conducir una colonia á una grande isla del Atlántico, que acababa de descubrir (8); pero les abandonó el mar Tirreno. Toda nave extraña que encontraban las suyas al poniente de Italia era tratada como pirata, á menos que no la protegiera algún convenio (9). Cuando, en 536, vinieron los focenses buscando en estos mares otra patria, se unieron los etruscos á los cartagineses contra aquellos griegos que los dos pueblos encontraban y combatían por todas partes.

Pero esta unión no podía durar mucho. Los cartagineses que por su comercio con la Galia y España, tenían necesidad de factorías en Córcega y Cerdeña, se establecieron en ambas islas á pesar de los tratados. De aquí violentas enemistades y la prisa de los cartagineses en aliarse con los romanos (10). El odio de Cartago era peligroso, menos sin embargo que la rivalidad de los griegos, que ocupaban en

Sicilia, en la Italia meridional y hasta en el centro de la Campania, las posiciones comerciales más importantes, y amenazaban por Cumas la colonia etrusca de orillas del Volturno. A mediados del siglo vi, algunos cnidios se establecieron en las islas Liparienses, donde turbaron todo el comercio toscano. Atacados por numerosa flota, quedaron ellos vencedores, y en la alegría de este triunfo inesperado, hubieron de consagrar en Delfos tantas estatuas como fueron las naves apresadas (11). Rodas también mostraba entre sus trofeos las ferradas proas de las naves tirrenias, y el tirano de Reggio, Anaxilaos, los expulsó del estrecho de Sicilia, fortificando la entrada del Faro. Los etruscos tomaron también partido por Atenas contra Siracusa; pero Hierón les hizo pagar cara esta alianza. Unida á Cumas, causóles Siracusa una derrota que marcó la decadencia de su poder marítimo (12) y que Píndaro cantó de esta suerte:

«Hijo de Saturno, yo te conjuro á hacer que el fenicio y el soldado de Tirrenia permanezcan en sus hogares, aleccionados por el ultraje que ha recibido su flota delante de Cumas y por los daños que les hizo el dueño de Siracusa, cuando vencedor precipitó en las turbias ondas desde lo alto de las rápidas popas toda su brillante juventud y libró á la Grecia del yugo de la esclavitud.» Hierón hizo ofrenda al Júpiter de Olimpia del casco de uno de los lucumones muertos en aquel combate, con la siguiente inscripción, que hizo grabar en él:

«Hierón y los siracusanos consagran á Júpiter las armas tirrenias tomadas en Cumas» (12).

muchos vasos de barro; pero no tiene ya la horrible cara que le daban los antiguos monumentos de la Etruria. Los griegos tenían también la Gorgona; pero no estaban por lo feo, y después de haberla hecho terrible, la hicieron bella. Luciano acabará por decir que por su belleza, no por su fealdad, tenía el poder de transformar en piedras á los que la miraban.

(8) Diod. V, 20.

(9) Aristot. De Rep. III, 6.

(10) Tratados de 508, 348 y 279.

(11) Pausanias, X, 12 y 16. Tucídides, III, 88.

(12) Píndaro, Pyth. I, 136. Este casco se encontró en 1817 en el lecho de Alfeo y está hoy en el *British Museum*.

(1) Silio Ital. VIII, 600.

(2) El excelente mineral de la isla de Elba se traía á Populonia, donde había grandes fundiciones. La isla sólo está separada del continente por un canal de 10 kilómetros de ancho.

(3) Terra, culture causa, particulatim hominibus attributa. Varron, ap. Philarg. in Georg. II, 169.

(4) Virg. Georg. II, 533.

(5) Cerca de Carrara, donde hay una montaña de mármol blanco.

(6) La más famosa, entre el Po y el Adige, lleva aún el mismo nombre pero está á más de 14 millas del mar; la otra, Atri, en el Píeno, no dista más que 5 millas del Adriático.

(7) Representan por el anverso á la Gorgona etrusca que se ve en